

los políticos. Otras veces son problemas domésticos, pero no menos vitales.

Estábamos a punto de salir cuando un recluso se nos interpone. «Con el debido respeto, en nombre de todos deseamos que el Prefecto se sirva ver la comida que nos dan». Hay gritos de júbilo. Láinez agrega: «Bueno. Vamos a ver la comida». Los presos casi lo levantan en hombros. Entran por una puerta estrecha que conduce a la cocina. Allí están dos grandes pailas. Las abren. Contienen una sopa aguachenta de papas. «No hay más que sopa y sopa», dicen desencantados. El Prefecto prueba la sopa. «Esto es horrible», dice. «No es sino agua y no tiene carne». «Esto es lo que nos dan todos los días», señalan los presos.

Luego comentan que el Teniente Wenceslao Sandoval siempre está con ellos. Así nomás agregan que el Prefecto es una gran persona. «No queremos que renuncie», indican. Agregan que les ha regalado un juego de chompas y que un día jugarán un partido de fútbol en su honor. Un preso pregunta que cuándo saldrá en los periódicos lo que han relatado.

En lugar aparte esperan los presos políticos. Forman el grupo dirigentes campesinos de la «Zona», abogados como el doctor Salas, quien fue uno de los asesores de los campesinos de La Convención. Los amigos de Hugo Blanco...

VINCULADOS POR EL QUECHUA

Cuzco, enero 20

«Hay un proyecto de Reforma Agraria de AP, otro del APRA, otro del ingeniero Seoane. El primero dice que...» Habla, despacio, lentamente, Fausto Cornejo, estudiante cuzqueño. Está apoyado en el balcón de la Federación de Campesinos. La masa, abajo, le escucha, habla en quechua. ¿Cuánto tiempo? Más de una hora. La masa indígena no se mueve. Son las diez de la mañana.

Alguien hace ruido. Es una asamblea que hay en una habitación cercana. «Díganles que se callen», dice Cornejo en castellano. Luego sigue explicando. Viste casaca de cuero, pantalón oscuro y gruesos botines. Repite y repite y vuelve a repetir.

Así es la vinculación entre la Federación de Estudiantes y la de Campesinos en el Cuzco. *Expreso* recoge esta impresión de la propia realidad. La ideología de los dirigentes es presumible. Pero también es presumible la fuerza que poseen: el quechua y el contacto conti-

nuo con sus problemas. *Expreso* vino a averiguar qué pasa en el Cuzco. Este es el fenómeno que se halla, en primera instancia: hombres que hablen día y noche, en quechua, a una masa disciplinada. Estudiantes que hablan en quechua a los campesinos.

«La tierra gratuita», dicen unos. Otros más cautos: «Convocaremos un Congreso para discutir la ley en cuanto salga. Tenemos que actuar así. No somos un partido político, somos una organización sindical».

Mientras, parecen haber parado las «recuperaciones de tierras». O las invasiones como se las llama. Pero los arrendires no trabajan. Todo el Cuzco espera.

ESTA ES LA FEDERACIÓN DE CAMPESINOS DEL CUZCO

Cuzco, enero 20

En la calle Recoleta hay una casa de balcones verdes y endebles. Escaleras de piedra y un pequeño patio interior. Es el local de la poderosa Federación de Campesinos del Cuzco.

Allí llegan hombres y mujeres de todos los puntos del departamento. Los atienden los dirigentes, en quechua. Una pequeña oficina y una sala para asambleas, eso es todo. Ahí se reúnen para acordar los paros, marchas y mítines. Es el cuartel general en donde el quechua es lengua oficial.

Aquí viven Sumire y Huillca, dirigentes indígenas. De ahí, por último, salen las directivas «para las recuperaciones de tierras», para los arreglos, las reclamaciones a la policía, al Prefecto, a las autoridades locales y nacionales.

Y ahí van hoy, los propios hacendados.

Es el mejor medio de llegar a un rápido acuerdo. Los campesinos no dan un paso si no se lo ordena su sindicato, afiliado a la vez, a la Federación. Y ésta les tiene prohibido a los campesinos que trabajen gratis «para los gamonales».

Por eso los hacendados llegan a Recoleta. Van a deliberar con ellos. Así se evitan jueces, pérdida de tiempo, invasiones, hostilidades, etc. La Federación es el verdadero Ministerio de Asuntos Indígenas.

«El otro día vino aquí, dijo a *Expreso* un dirigente, la hermana de Romainville»

Cuando visitamos el local de la Federación presenciábamos un «juicio», arreglo o comparendo, entre un hacendado y un campesino.

Estaban allí Ángel Aedo, propietario de la Hacienda Chilca, distrito de Pitumarca, localidad de Canchis.

Y el campesino Carlos Gonzalo Turquí. Los dirigentes Fausto Cornejo, Vladimiro Valer y el abogado Ernesto Quispe Ledesma, concertaban a las partes.

El problema era el siguiente: Ángel Aedo desea que sus antiguos colonos le acepten un sueldo y le trabajen o de lo contrario les ofrece venderles la hacienda. Los campesinos se quejaron de que había policías hostilizándolos.

He aquí el diálogo. He aquí como funciona este tipo de justicia inmediata y de emergencia. He aquí como están las cosas en el Cuzco.

UN LIBRETO EXTRAÍDO DE LA REALIDAD

«Ahora las cosas están variando», dice Ángel Aedo. «Solo quiero que me trabajen en las acequias y en las pircas. Pero no quieren ganar nada. En noviembre se negaron a recibir dinero. Yo tengo un arreglo firmado con ellos.»

—Los campesinos se quejan de que usted los ha denunciado a la policía de Piñamarca, dice Valer.

—Faltan a la verdad.

—La policía no ha ido por gusto—, insiste Valer.

—El Cabo ha ido a preguntarles qué pasa...

Interviene la mujer de Aedo. Al fin, con Valer, llegan a la conclusión de que miembros de la Federación irán al lugar de los hechos. «Veremos qué dicen en ese sindicato».

En ese instante el campesino Gonzalo Turquí exige traducción. Hace rato que hablan, en castellano, dirigentes y hacendados. Le traducen. Entiende en castellano. Pero prefiere el quechua.

—Quiero llegar a un arreglo— dice Aedo.

—Señor Aedo —le interrumpe Valer—. Plantee lo más urgente. Don Ángel habla en quechua. Se dirige a sus litigantes: «¿Cómo quieren trabajar, cómo quieren ganar? Pagaría lo que pidan. Si no se entienden, vendería la hacienda Chilca a los vecinos o campesinos. Pero estoy enfermo. Tengo que vivir en la costa. Mejor vamos a arreglar en buena forma».

La mujer de Aedo se impacienta. «El otro día dieron 72 horas de plazo. No esperaron el arreglo».

Valer, pacientemente, dice: «Va a viajar una delegación, veremos en el terreno».

—Pero, por ahora, que vaya pastando el ganado —dice Ángel Aedo.

«Usted sabe que el trabajo gratuito está prohibido», le dicen varios dirigentes. «Y enseguida, no podemos llegar a un acuerdo general. Presente un pliego con todos los puntos. Nosotros atendemos muchos casos como el suyo. No podemos acordarnos de todo. Haga un escrito».

—Esta tarde lo traigo—dice Aedo.

—Muy bien, Arí—dice Turquí.

Se voltea el hacendado y los dos hablan largo en quechua. «No es cierto lo que has dicho a la policía», dice Turquí. «No hemos destruido tus corrales. Está todo igual. Tus huertas están bien».

Hace pocos días, Aedo trató de llevarse unas bestias. Los campesinos se lo impidieron. «Te llevas nuestras indemnizaciones, nuestros devengados, lo que nos debes. No puedes...», le dijeron.

Aedo entonces fue a la Federación. Es mejor que ir a la policía. Sus animales están sin pastores. No tienen quién les trabaje los campos. Las antiguas obligaciones se han extinguido. Hay una huelga de arrendires permanente.

«Por ahora que pascen en forma gratuita —dice Aedo—. Pero que trabajen. ¿Por qué no me aceptan dinero? Si quieren lo dejo en la Federación, aquí ahora mismo...».

Protestas. «No..., no ..., que decida su sindicato. Haga su escrito. Lo analizaremos. Tenga paciencia. El dinero no es el problema».

Ángel Aedo se queja de la pérdida de 138 alpacas. «Se han llevado las más finas, las blancas...».

—Son suposiciones suyas—dice Valer molesto.

—Yo no digo que son ellos. Pero conocen quién es el abigeo, —replica Aedo—. En Chunquisaca, la Suprema lo ha condenado a 10 mil soles de indemnización y 10 años de cárcel.

«Si está sindicalizado lo sancionaremos —dice un estudiante allí presente—. La Federación no permite ni el robo, ni el abigeato».

El hacendado responde: «Eso creen ustedes que son personas cultas. Bueno, este es otro problema. No es con los del Sindicato».

Otros delegado, de apellido Cornejo, interviene y dice: «Tenemos que mandar un delegado y recibir su oficio».

«Entonces, ¿tengo pase libre de la Federación? ¿Puedo pastar mis ganados?», —pregunta Aedo.

Le responden que sí.

Turqui escucha lo que le dicen los dirigentes. «Pronto tendremos arreglo», dice.

«Entonces, mañana o pasado voy a mandar traer lana», dice aliviado don Ángel ...

UN DESALOJO PACÍFICO

Cuzco, enero 22

En forma pacífica, miembros de la Guardia Civil y de la Tropa de Asalto lograron desalojar a los campesinos que habían invadido las pampas de Huarucondo, del hacendado Julio Silva.

Las fuerzas policiales ocuparon la zona en litigio a las cuatro y treinta de la madrugada de hoy.

Se espera una respuesta agresiva de los campesinos de Huarucondo, incluso una resistencia desesperada. Ayer en la tarde juraron en la puerta de la Prefectura morir antes que permitir el desalojo de su ganado de las tierras hace poco «recuperadas» de Cayanquiray. Los campesinos dicen tener títulos que datan del siglo XVII.

Pero no hubo resistencia. El frente policial se abrió frente a un espacio cubierto por burros hasta donde la vista alcanza. El posible drama se convirtió en una comedia de costumbres.

El ganado de Silva fue arreado desde el lugar al que había sido desplazado por los campesinos.

Se temía un choque, incluso derramamiento de sangre. Ayer se supo del viaje intempestivo de Vladimiro Valer y de Urbano López, dirigentes de los obreros y campesinos cuzqueños.

Largos debates se llevaron a cabo por la noche. ¿Contuvieron a la masa estos dirigentes con el fin de evitar una razzia? En Huarucondo *Expreso* ha podido comprobar, con las primeras luces del día, la indagación y amargura de sus habitantes. Pero la operación desalojo estaba consumada y no había nada que hacer.

«Volveremos a invadir», me dijo un campesino. «Estas tierras son nuestras».

«No podemos darnos el lujo de tener un destacamento policial permanente en cada sitio», me dijo un Alférez.

Hemos visto pues, un desalojo para conocimiento de la opinión pública.

LOS DOMINGOS: ASAMBLEAS

Toda la mañana del domingo, en Huarucondo, hubo una asamblea. Participó todo el pueblo, y dirigieron el debate los dirigentes de la Federación Campesina.

Se trataba de llegar a un acuerdo con Julio Silva. Los dirigentes querían lograr un trato. Según éste se le devolvería a Silva la mitad de las tierras ya que el hacendado precisaba esas tierras para su ganado fino en ese momento arreado por la comunidad a otros lugares.

Todo el día estuvieron conferenciando, alrededor de una bandera peruana, en el patio de la escuela de Huarucondo. Hubo sol, lluvia, otra vez sol. Pero la masa no llegaba a un acuerdo.

Yo lo he visto. Los dirigentes repetían en los discursos: «revolución pacífica». Pero los campesinos querían todo Huaranquillay. Al fin se aceptó una comisión. Partió a verse con Silva. De ahí surgió la reunión en la oficina del Prefecto. Esto sucedió el domingo. El lunes hubo reunión en el Cuzco, sin resultado.

Y el martes hubo desalojo.

No es cierto, pues, que la masa campesina sea impulsada «por extremistas comunistas». Esta es la acusación más torpe que se puede hacer y demuestra la más grave incompreensión de los sucesos del Cuzco.

Los extremistas son las propias masas. Se han cansado del esperar. Pensar lo contrario es postular la incapacidad del indio a reflexionar. Es creer, una vez más, en la inferioridad racial.

Se ha llegado a un estado de conciencia. Y a él tendrán que ajustar su conducta los propios dirigentes si quieren sobrevivir como tales.

Este es el nuevo estado de cosas que he hallado. Y desde Sumire y Valer, pasando por la Sociedad Agropecuaria del Cuzco hasta llegar al propio Presidente Belaunde y a las instituciones republicanas, todos deben comprender que el campesino quiere la tierra, porque él ya no es el mismo. Hay una nueva condición humana en el camino. Ella se llama intransigencia y desesperación.

En el Senado creen que en el Cuzco hay milicias. Ven la realidad de esta revolución que se realiza en el «Perú profundo», con imágenes exportadas creyendo que aquí se da la misma mecánica subversiva de otros países.

En el Cuzco no hay milicias, hay asambleas. Y en éstas todos son masa y mando al mismo tiempo, gobernantes y gobernados en esta modalidad andina de la democracia directa.

Durante todo el domingo recorrí las provincias y distritos que rodean el Cuzco. En cada pueblo hallé asambleas en donde la gente votaba afirmativamente por proseguir la lucha por la tierra. ¿Hay en otro lugar de la República, en otras clases sociales, igual decisión que en ésta? ¿Hay en otra escala de nuestra sociedad igual capacidad de sacrificio?

Es en estos hechos en los que deberían de reflexionar los señores parlamentarios.

No en supuestas milicias. Vengan al Cuzco y asistan a las asambleas.

Si los dejan.

EL NO DE LAS CAMPESINAS

El hacendado Silva les dijo a los campesinos de Huarcocondo: «Tengo una proposición que hacerles» y les propone darles tierras en Choquepata. La habitación está caldeada, llena de gente sobre sillones de cuero, en el suelo, contra las paredes.

«Tengo dos mil hectáreas ahí. Les doy pues de 600 a 800 hectáreas», dice Silva.

«Queremos proyectos realizables, no utópicos», replica el abogado de los campesinos, Angles.

Las mujeres interrumpen. Hablan todas. Dicen que los de Choquepata no van a aceptar en el pueblo (en Huarcocondo).

El prefecto las hace callar.

Angles dice: «El señor Silva tiene otros fundos. Que dé otras tierras».

«Ustedes se refieren a Callan», dice Silva y agrega: «Pero ahí tengo otros socios. No soy propietario de otras haciendas sino coheredero. He consultado a mis hermanas en Lima y están de acuerdo».

El Prefecto, molesto, les dice a los campesinos: «La posición de ustedes es insostenible, obstruccionista...»

Le interrumpen los campesinos. Un dirigente habla del hambre del pueblo...

«Pero si antes querían 140 hectáreas y ahora pueden tener 800», replica el Prefecto.

—Necesitamos constatar, hacer una inspección ocular. —dice Vladimiro Valer, dirigente de la Federación Campesina.

Se delibera sobre la forma en que una comisión de campesinos podría ir a ver la calidad de las tierras ofrecidas...

Mientras hablan del plazo para la comisión, crece el descontento entre los campesinos netos, hombres y mujeres, que están en la sala. Sin embargo, los dirigentes se preparan a viajar.

«Muy poco tiempo es para esta noche», hace notar Angles.

El Prefecto quiere terminar el asunto esa misma noche. Contando con cuidado las horas de viaje, en carretera y a caballo, los dirigentes terminan por lograr imponer la idea de un plazo de 24 horas.

Pero a esas alturas el descontento de los campesinos es notorio.

«Señor Prefecto», interviene Raúl Medina. «Las mujeres dicen que no van a aceptar, que la masa no va a aceptar».

—¿Pero ustedes no dominan a sus bases?— contesta el Prefecto. «No hay calidad de dirigentes», dice.

Justino, un campesino, replica: «La masa no quiere». «Las tierras están lejos del pueblo».

«Pero ustedes quieren la tierra también junto al pueblo», añade Láinez.

«Dice que usted les dijo que enseñaran sus títulos para la Reforma Agraria», le responde un campesino al Prefecto.

«Yo no he dicho eso», replica Láinez.

—Cuando usted fue a Huarcocondo...

—Lo que dije—expresa Láinez, cuidadosamente— es que esperaran la ley.

Murmura la gente. Alguien traduce: «porque teniendo títulos de Huaranquilla no tienen por qué ir a otro lado».

Termina la reunión. Viajará la Comisión. El Prefecto alude a un desalojo si no se llega a un acuerdo (se cumplió).

Se me acerca Valer: «Va a ser difícil, la gente no va a aceptar», dice.

Y así fue.

LAS MASAS SE DESBORDAN

Cuzco, enero 22

He visto en la Prefectura reunirse a todos los poderes del Cuzco con el fin de solucionar un litigio específico de tierra... y fracasar. Ni el ofrecimiento del hacendado satisfizo a los líderes sindicales, ni éstos pudieron contener a sus masas.